

PARTE II. cion, pero se negó á rebajar un ápice de sus pretensiones, y por otra parte Manuel no quiso esponer al príncipe su señor á la influencia de la superior destreza y sagacidad de Fernando en una entrevista personal <sup>37</sup>.

Su carácter. Mártir describía á Felipe por aquel tiempo de un modo nada desfavorable. Era agraciado de persona, de generosa disposicion, de modales francos y abiertos, de ánimo noble aunque agitado por una ambicion escesiva. Pero tenia tan poca capacidad para los negocios, que siempre era víctima de los hombres artificiosos, los cuales se servian de él para sus fines particulares <sup>38</sup>.

Al fin Fernando, sabedor de que Felipe, que habia salido de la Coruña, se adelantaba hácia el interior dirigiéndose por un camino lejano, con objeto de evitar su encuentro, y convencido de que no le era posible ver á su hija, no pudo ya contener su indignacion, y extendió una carta circular, que se habia de enviar á todos los puntos del reino, llamando á todos para que le acudieran y ayudasen á rescatar á su soberana del vergonzoso cautiverio en que la tenian. No consta, sin embargo, que enviara aquella carta <sup>39</sup>: probablemente conoció que no responderian los pueblos á su apellido, porque su casamiento con D.<sup>a</sup> Germana le habia hecho perder hasta la especie de consideracion con que le trataron siempre los procuradores del reino. Así que, el mismo medio con que habia pensado perpetuar su autoridad en Castilla, fué la causa principal de que la perdiera absolutamente.

Impopularidad de D. Fernando. Habia de pasar todavía por pruebas mas humillantes. Por órdenes del marqués de Astorga y del conde de Benavente se le negó la entrada en las poblaciones de éstos nombres, al mismo tiempo que aquellos arrogantes señores hicieron publicar un bando prohibiendo á todos

37 Pedro Mártir, Opus Epist., epistola 306, 308, 309.—Gomez, De Rebus Gestis, folio 59.—Giovio, Vita Illustr. Virorum, p. 278.

38 "Nil benignius Philippo in terris, nullus inter orbis principes animosior, inter juvenes pulchrior," etc. (Opus Epist., epist. 285.) En otra carta posterior describe la triste situacion de aquel juvenil príncipe en los siguientes

términos: "Nescit hic juvenis, nescit quo se vertat, hinc avaris, illinc ambitiosis, atque utrimque vafis hominibus circumseptus alienigena, bonæ naturæ, apertique animi. Traetur in diversa, perturbabitur ipse atque obtundetur. Omnia confundentur. Utinam vana prædicem!" Epist. 308.

39 Zurita, Anales, t. vi, lib. 7, cap. 2.

sus vasallos que prestaran auxilio ó refugio alguno á los partidarios aragoneses del rey. "¡Triste espectáculo á la verdad, esclama el fiel Mártir, el de un monarca que ayer era omnipotente y hoy anda errante en su propio reino, sin poder siquiera conseguir que le dejen ver á su hija <sup>40</sup>!"

De toda la lisonjera turba de palaciegos que le rodeaban en los tiempos de su prosperidad, los únicos castellanos notables que le permanecieron fieles, fueron el duque de Alba y el conde de Cifuentes <sup>41</sup>; porque todos los demas le abandonaron, incluso su yerno el condestable de Castilla. Hubo algunos sin embargo, que se hallaban distantes del teatro de aquellos sucesos, como por ejemplo el buen Talavera y el conde de Tendilla, que vieron con mucho sentimiento el cambio de aquella mano segura y experimentada, que regia el cetro hacia mas de treinta años, por el caprichoso mando de Felipe y sus favoritos <sup>42</sup>.

Púsose fin al cabo á esta escena escandalosa, porque D. Juan Manuel, ya fuese por haberse aumentado su confianza en los medios de que disponia, ó por temor de atraerse el odio público, convino en aventurar á su real pupilo al riesgo de una entrevista. El lugar que se eligió fué un ancho llano, cerca de la Puebla de Sanabria, en las fronteras de Leon y Galicia; però todavía se tomaron tales precauciones que pudieran parecer ridículas, considerada la abatida situacion en que se hallaba Fernando. Púsose en movimiento todo el aparato de guerra del archiduque, no de otra suerte que si fuera á ganar la corona por una batalla: primero se presentaron los escogidos piqueros alemanes, todos en orden de pelea; seguian despues los brillantes escuadrones de la noble caballería castellana, con sus depen-

CAP. XVII.

Entrevista de D. Fernando y D. Felipe.

23 de Junio.

40 Opus Epist., epist. 308.

"Ayer era rey de España,  
Hoy no lo soy de una villa;  
Ayer villas y castillos,  
Hoy ninguno poseya;  
Ayer tenia criados." etc.

Estos lamentos que el bello romance antiguo, pone en boca del rey D. Rodrigo, no cuadraban del todo mal á su descendiente.

41 "Ipsæ amicos res optimæ pariunt, Adversæ probant."

Pub. Syrus.

42 Pedro Mártir, Opus Epist., epistola 306, 311.—Robles, Vida de Ximenez, p. 143.—Mariana, Historia de España, lib. 28, cap. 19.—Lanuza, Historias, t. 1, lib. 1, cap. 19.—Sandoval, Historia del Emperador Carlos V, t. v, página 10.

PARTE II. dientes armados; luego venia el Archiduque á caballo en su corcel de batalla y rodeado de la guardia de su persona; y cerraban la columna numerosas filas de arqueros y caballería ligera del país <sup>43</sup>.

Fernando, al contrario, venia acompañado de unos doscientos nobles y caballeros, en su mayor parte aragoneses é italianos, montados en mulas y vestidos sencillamente con los tabardos y birretes negros del país, sin otras armas que la espada que comunmente se llevaba. Confiaba el rey, dice Zurita, en la majestad de su presencia y en la reputacion que habia adquirido en su largo y prudente gobierno.

Conducta cortes de D. Fernando.

Los nobles castellanos, viéndose delante de Fernando, no pudieron menos de prestarle homenaje; él los recibió con su acostumbrada naturalidad y afabilidad, dirigiéndoles espresiones cuyo buen humor iba sazonado á las veces con otras mas punzantes. Al duque de Nájera que tenia fama de jactancioso, y que se presentó con grande aparato de dependientes, todos armados en guisa de guerra, le dijo: "Tú, Duque, como siempre, nunca te olvidas de lo que debe hacer un gran capitán." Entre los demas, estaba Garcilaso de la Vega, que anteriormente habia sido ministro de Fernando en Roma; éste llevaba como otros muchos la armadura debajo del vestido para precaverse de cualquiera sorpresa, y el Rey abrazándole, como sintiera la cota de malla que debajo llevaba, tocándole en el hombro con cierta familiaridad le dijo: "Me alegro, Garcilaso; has engordado mucho desde que no nos vemos." Pero sin embargo el verse abandonado de una persona que habia recibido de él tantos favores, le causó mas sentimiento que la desercion de todos los otros.

Desconfianza de D. Felipe.

Cuando llegó Felipe, se observó que venia con aire tímido y encogido, al paso que su suegro conservaba la misma serenidad y aspecto risueño que siempre. Despues de los saludos de costumbre, los dos monarcas se apearon y entraron en una pequeña ermita que habia allí inmediata, acompañados solamente de D. Juan Manuel y del arzobispo Cisneros. Apenas entraron, el último, dirigiéndose al privado de Felipe con aire de autoridad á que no era fácil resistir, le dijo:

43 El único pretexto para todo este aparato de guerra consistia en la voz que se habia esparcido de que el rey estaba levantando fuerzas considerables y el duque de Alba renniendo su gente en Leon: voces que indudablemente se hacian correr con gusto, si ya no eran pura invencion de los enemigos. Zurita, Anales, libro 7, cap. 2.

"no es conveniente que oigamos la conversacion particular de nuestros amos," y tomándole del brazo le sacó fuera del aposento, y cerró tras sí la puerta, añadiendo, "yo seré el portero." Aquella conferencia no produjo ningun efecto. Felipe iba muy aleccionado, y como dice Mártir, "permaneció inmóvil como una roca <sup>44</sup>." Hubo tan poca confianza entre los reyes, que ni aun se mencionó durante aquella entrevista el nombre de D.<sup>a</sup> Juana, á quien su padre deseaba ver con tanto anhelo <sup>45</sup>.

Pero por mas trabajo que costara á Fernando el ceder, no se hallaba en situacion de hacer otra cosa. Sobre haber perdido toda influencia en Castilla, recibió de Nápoles noticias tan alarmantes, que le hicieron decidirse á pasar inmediatamente en persona á aquel reino. Así que, se resolvió á doblar la cerviz á la presente tormenta, con esperanza de que habia de lograr dias mas bonancibles. Observaba ya los celos y disensiones que á cada punto empezaban á nacer entre los cortesanos flamencos y castellanos, y probablemente conoció que sus rivalidades le abririan medio de volver á tomar, con aplauso de toda la nacion, las riendas del gobierno que tan sin miramiento se le arrebatában de las manos <sup>46</sup>; y en todo caso pensaba que, si podia llegar á ser necesaria la fuerza, se hallaria en mejor disposicion de emplearla con buen éxito, mediante el auxilio de su aliado el rey de Francia, despues que hubiese arreglado los negocios de Nápoles <sup>47</sup>.

Mas, sea lo que fuere de las consideraciones que influyeran sobre el espíritu de aquel prudente monarca, lo cierto es que autorizó al

D. Fernando renuncia la regencia.

44 "Durior Caucasiâ rupe, paternum nihil auscultavit." Opus Epist., epistola 310.

45 Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 3, diál. 43.—Robles, Vida de Jimenez, pp. 146-149, Mariana, Historia de España, lib. 28, cap. 20.—Zurita, Anales t. vi, lib. 7, cap. 5.—Gomez, De Rebus Gestis, fol. 61, 62.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 15.—Carbajal, Anales, MS., año 1506.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., capítulo 204.

muerte prematura de Felipe, dice: "Los mas prudentes de aquella corte hicieron la observacion de que si hubiese vivido su padre hubiera llegado á adquirir tal influjo sobre él que habria gobernado sus consejos ya que no dominado su afecto." Hist. of Enry VII, Works, vol. v, p. 180. Esta prediccion pudo deducirse solamente del conocimiento del carácter de los dos, porque no volvieron á verse desde que Fernando se retiró á Aragon.

46 El lord Bacon, hablando de la

47 Zurita, Anales, t. vi, libro 7, capítulo 8.

PARTE II. arzobispo de Toledo, que se quedó cerca de la persona del archiduque, para consentir en un asiento fundado en las bases propuestas por el último. Así pues, á 27 de Junio firmó y juró solemnemente un convenio, por el cual entregaba toda la soberanía de Castilla á D. Felipe y D.<sup>a</sup> Juana, reservándose para sí únicamente los maestrazgos de las órdenes militares y las rentas que se le habian señalado por el testamento de Isabel <sup>48</sup>.

Al dia siguiente otorgó otro instrumento de especie muy singular, en el cual, despues de reconocer en los términos mas explícitos la incapacidad de su hija, se obligaba á impedir cualquiera intervencion que se intentase en favor de ésta, y á mantener en cuanto pudiera á Felipe en la posesion esclusiva del gobierno <sup>49</sup>.

Su protesta reservada.

Antes de firmar aquellos papeles hizo una protesta reservada, en presencia de varios testigos, diciendo, que otorgaba aquellos actos, no por su libre voluntad, sino por la necesidad en que se hallaba de salir de su peligrosa situacion, y evitar al país los males de una guerra civil que le amenazaban. Concluia afirmando que, lejos de renunciar sus derechos á la regencia, se proponia reclamarlos, así como tambien rescatar á su hija del cautiverio en que se hallaba, tan pronto como estuviera en estado de poderlo verificar <sup>50</sup>. Finalmente, completó esta serie de inconsecuencias, dirigiendo, con fecha de 1.<sup>o</sup> de Julio, una carta circular á las diferentes provincias del reino, en que anunciaba haber renunciado el gobierno en manos de D. Felipe y D. Juana, y declaraba que, no obstante sus derechos y facultades para lo contrario, estaba resuelto muy de antemano á ejecutar este acto, tan pronto como sus hijos llegaran á España <sup>51</sup>.

48 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 204.—Carbajal, Anales, MS., año 1506.—Zurita, Anales, t. vi, lib. 7, cap. 7.—Pedro Mártir, Opus Epist., epístola 210.

49 Zurita, Anales, t. vi, lib. 7, capítulo 8.

50 Zurita, Anales, lugar citado.

51 Idem, lugar citado.

Zurita inserta á la letra en su obra el manifiesto de D. Fernando y el docu-

mento que declara la incapacidad de su hija: la protesta reservada descansa en el dicho del mismo historiador, aunque sin pruebas; mas seguramente no es fácil encontrar mejor autoridad, considerando su proximidad á la época, las noticias de que disponia como cronista del reino, y la escrupulosa atencion y buena fe con que este escritor distinguia los hechos de los dichos y rumores. Es con todo muy notable que Pedro Mártir,

CAP. XVII.  
Sus motivos.

No es fácil justificar este monstruoso tejido de contradicciones y ficciones con algun motivo de necesidad ó de conveniencia. ¿A qué fin, despues de haberse mostrado dispuesto á levantar el reino en favor de su hija, reconocer públicamente la imbecilidad de ésta, y entregar todo el gobierno en manos de Felipe? ¿Se propuso atraer sobre el último el odio público, alentándole á un paso que conocia habia de ser en extremo desagradable á los castellanos <sup>52</sup>? Pero en tal caso, Fernando, por el mismo hecho se hacia partícipe de la responsabilidad. ¿Lo hizo por ventura con la esperanza de que el poder, así entregado sin restriccion alguna en manos de un jóven tan imprudente y temerario, causaria mas pronto la ruina de éste? En cuanto á su protesta secreta, su objeto era evidentemente dejar preparado un medio plausible, para reclamar en cualquiera tiempo sus derechos al gobierno, bajo el pretesto de que su consentimiento habia sido efecto de la fuerza. Mas si era así, ¿para qué neutralizar los efectos de ésta por la declaracion que hacia espontáneamente en su manifiesto dirigido á los pueblos, en que decia que su abdicacion, no solo habia sido libre, sino un acto muy deliberado y premeditado? Probablemente se movió á dar este último manifiesto por ver si conseguia cubrir con un velo la vergüenza de su derrota; pero era tan claro, que no podia engañar á nadie. En suma, todos aquellos pasos son de carácter tan ambiguo, que dan á entender procedian de una costumbre de disimular, tal, que no podia resistirla, ni aun en los casos en que no habia necesidad de ejercitarla. Hallamos muchas veces en los negocios mas insignificantes de la vida privada ejemplos de este lujo de intrigas innecesarias.

Despues de aquellos sucesos se verificó otra entrevista entre el rey Fernando y Felipe, en la cual el primero consiguió de su yerno, que

Segunda entrevista.

5 de Julio.

que tenia toda especie de medios para saber lo que pasaba como empleado en la real casa, y que al parecer gozaba de favor y confianza con el rey, no hiciera la menor alusion á esta protesta secreta, en su correspondencia con Tendilla y Talavera, ambos del partido del rey, y sugetos á quienes se ve que comuni-

có sin reserva todos los negocios interesantes.

52 Este motivo le atribuye caritativamente Gaillard (Rivalité, t. iv, p. 311). El mismo escritor elogia la habilidad de Fernando en haber sabido salir de sus apuros por aquel tratado "*auquel il fit consentir Philippe dans leur entrevue!*" pág. 310.

PARTE II. para guardar cierto decoro á los ojos del público, se dieran muestras exteriores de una reconciliacion cordial, que ya que no bastara para alucinar á las gentes, á lo menos encubriera con un velo decoroso las causas de la separacion que iba á efectuarse. Pero aun en este último acto fué tal el temor y cuidado que tuvieron sus contrarios, que no se permitió á aquel desgraciado padre ver y abrazar á su hija antes de su partida<sup>53</sup>.

Partida de D. Fernando.

En todas estas escenas de prueba, dice su biógrafo, el rey conservó aquella serenidad y completa tranquilidad de espíritu que convenia á la dignidad de su categoría y carácter, presentando extraordinaria contraposicion con la conducta de sus enemigos. Por mucho que sintiera verse abandonado de un pueblo que habia gozado de los beneficios de la paz y tranquilidad bajo su gobierno durante mas de treinta años, no dió ninguna señal exterior de descontento: al contrario, se despidió de los grandes allí reunidos, dirigiéndoles muchas palabras de atencion, recordando los servicios que en otro tiempo le habian prestado, y procurando dejar en ellos una impresion que borrara la memoria de sus últimas diferencias<sup>54</sup>. El circunspecto monarca miraba hácia adelante, y sin duda pensaba ya en el dia de su vuelta. No parecia este suceso absolutamente improbable, y hubo ya otras personas sagaces, ademas de Fernando, que veian en el oscuro horizonte que presentaban las cosas, abundantes señales de algun cambio no muy lejano<sup>55</sup>.

53 Zurita, Anales, t. vi, lib. 7, cap. 10.—Mariana, Hist. de España, lib. 28, cap. 21.—Gomez, De Rebus Gestis, fol. 64.—Pedro Mártir, Opus Epist., epístola 210.

54 Zurita, Anales, tomo vi, libro 7, capítulo 10.—Oviedo, Quincuagena, MS., bat. 1, quinc. 3, diálogo 9.

55 Zurita, Anales, t. vi, lib. 7, cap. 10.—Véanse tambien los tristes vaticinios de Mártir (Opus Epist., epist. 311), que parecen repeticion del eco de lo que opinaban sus amigos Tendilla y Talavera.

Autoridades sobre lo de D. Felipe.

Las principales autoridades en quienes me apoyo, por lo relativo á los sucesos de que se trata en el capítulo anterior, son, como el lector ha visto, Mártir y Zurita. El primero, que no solo fué testigo de ellos, sino que tuvo parte activa en su ejecucion, indudablemente debió tener muchas proporciones pa-

ra ver y saber lo que ocurría. Parece tambien que fué bastante imparcial, y se mostró dispuesto á reconocer con justicia lo bueno que hubiera en el carácter de Felipe, si bien el del rey su señor era naturalmente mas á propósito para producir sentimientos de profundo respeto en un hombre de tanta penetracion y sagacidad como Mártir. Sin embargo, el cronista aragones, aunque ya algo alejado del tiempo de los sucesos, por esto mismo estuvo colocado en un punto de vista mas ventajoso para comprender el conjunto de todos ellos, que si hubiera intervenido en su ejecucion. Por esta causa su exámen de aquellas ocurrencias abraza un campo mucho mas vasto, y presenta todos los pormenores de las quejas, pretensiones, y miras políticas del partido opuesto; y aunque tambien las condena terminantemente, con todo, deja impresiones en lo general menos favorables que Mártir acerca de la conducta de D. Fernando.

Pero ni el cronista aragones, ni Mártir, ni ningun escritor contemporáneo, español ni extranjero, de cuantos he visto, da fundamento para el retrato en extremo desfavorable que el Doctor Robertson hace de Fernando en este punto de sus desavenencias con Felipe. Es difícil averiguar qué es lo que pudo inducir al espíritu de tan eminente historiador á semejante concepto, como no fuese que le formara por las ideas comunes que se tienen acerca del carácter de los dos reyes, y no por las circunstancias del caso particular de que se trata: método á la verdad muy errado en este caso, en que Felipe, por mas excelentes que se quieran suponer sus cualidades naturales, evidentemente no era mas que instrumento en manos de hombres corrompidos y artificiosos, que le empleaban solo para sus fines particulares.